por la ira pronunciaba á mi oido una amenaza. Me desasí, me volví atrás.....

¿Quien era?

Era el autor de la Expulsión del duque de Atenas, mi buen amigo Ussi, envuelto como un fantasma en su larga abbaia blanca, que había traído del Egipto, que había salido pocos momentos antes de la tienda á dar una vuelta por el campamento en dirección opuesta á la mía y me había cogido por la espalda.

Entonces mismo había llegado frente á la tienda de los pintores, que cerraba el circulo del campamento; mi viaje nocturno había terminado y me metí en mi casa de lona.

TLETA DE REISSANA

A la mañana siguiente emprendimos la marcha, antes de salir el sol, con una niebla húmeda y espesa que hacía penetrar el frío hasta los huesos, y nos ocultaba á unos de otros. Los jinetes de la escolta llevaban la capucha echada y las espingardas enfundadas; todos nosotros ibamos envueltos en los abrigos y mantas; parecia que estábamos en otoño, en una llanura de los Países Bajos. Detrás de mí no veia claramente más que el turbante blanco y la capa azul del Caid; todos los demás eran sombras confusas que se perdían en el ambiente gris. El sueño y el tiempo sombrio nos imponían silencio. Marchábamos por un terreno desigual, cubierto de palmeras enanas, sembrado de lentiscos, retamas, zarzas é hinojo bravo, agrupándonos y desparramándonos de continuo, según los cruzamientos y las bifurcaciones infinitas de los senderos. El sol, al aparecer sobre el horizonte, doró algunos minutos nuestro flanco izquierdo y después volvió à

ocultarse. Pero la niebla se aclaro de modo que nos dejaba ver la campiña. Era una sucesión de vallecitos verdes, á los que se bajaba y se subía casi sin notarlo; tan suaves eran las pendientes. Las alturas estaban cubiertas de áloes y olivos salvajes. El olivo, que en aquel país crece de una manera prodigiosa, es abandonado, dejándolo en estaco salvaje, y los habitantes hacen luz y se alimentan con el fruto del argan. Cada vez que divisábamos un valle, buscábamos con los ojos una aldea, un grupo de cabañas ó alguna tienda. Nada se veia. Nos parecía que viajábamos á la ventura por una tierra virgen. De valle en valle, de soledad en soledad, después de tres horas de camino, llegamos finalmente á un sitio donde los árboles más espesos, los senderos más anchos y algún ganado esparcido por el campo, anunciaban la cercanía de un lugar habitado. Uno tras otro, algunos ginetes de la escolta espolearon sus caballos, pasaron delante de nosotros al galope y desaparecieron detrás de una altura; otros se lanzaron á la carrera á campo atraviesa, en diferentes direcciones; los restantes formaron. Al cabo de pocos minutos nos encontramos delante de la embocadura de una garganta, formada por algunas pequeñas colinas, sobre las cuales se alzaba alguna cabaña de rastrojo. Algunos harapientos hombres y mujeres árabes, nos miraban con curiosidad detrás de las malezas. Entramos en la garganta; en aquel momento apareció el sol. Al llegar á cierto

punto, la garganta hacía un recodo casi en ángulo recto. Dimos la vuelta..... y nos encontramos ante un magnifico espectáculo Trescientos ginetes, vestidos de mil colores, esparcidos en gracioso desorden, venían á nuestro encuentro á rienda suelta con las espingardas empuñadas como si fueran á atacar á un regimiento.

Era la escolta de la provincia de Larache, precedida por el Gobernador y sus oficiales, que venía à relevar la de Had-el-Garbia, que debia dejarnos en el límite de la provincia de Tánger, donde acabábamos de llegar en aquel momento.

El Gobernador de Larache, que era un anciano de barba blanca, detuvo con una señal á sus ginetes; estrechó la mano del Embajador, y después, volviéndose otra vez hacia aquella turba que se extremecia impaciente, hizo un gesto vigoroso como diciendo:—¡Desencadenaos!

Entonces comenzó uno de los más espléndidos lab el barode (juego de la pólvora), que podíamos desear.

Se lanzaban á la carga dos á dos, diez á diez, uno á uno, al fondo del valle, sobre las colinas, delante y á los costados de la caravana, en nuestra dirección y en la opuesta, disparando y gritando sin descansar. A los pocos minutos el valle estaba lleno de humo y de olor á pólvora como un campo de batalla. Por todas partes se arremolinaban los caballos, relampagueaban las espingardas, revolo-

teaban los jaiques, flotaban las capas, ondeaban los caftanes rojos, amarillos, verdes, azules, anaranjados; centelleaban los sables y los puñales. Pasaban á nuestro lado uno por uno, como alados fantasmas, viejos, jovencitos, hombres de formas colosales, figuras extrañas y terribles, erguidos sobre los estribos, con la cabeza alta, los cabellos al viento, la espingarda extendida; y cada uno, al disparar, lanzaba un grito salvaje que los intérpretes nos traducian:-¡Ay de ti!-¡Madre mia!-¡En nombre de Dios!-iTe mato!-iEres muerto!-iEstoy vengado!-Otros dedicaban su tiro á alguien.-¡A mi senor!-¡A mi caballo!-¡A mis muertos!-¡A mi amada!-Disparaban á lo alto, contra tierra, hacia atrás, inclinándose y revolviéndose como si estuvieran atados á la silla. A algunos se les caía al suelo el jaique ó el turbante; volvían atrás á la carrera y lo recogían al pasar con el cañón de la espingarda. Algunos volteaban el arma por encima de su cabeza; la arrojaban al aire y la recogian con una mano. Tenian gestos convulsivos, actitudes temerarias; lanzaban gritos y miradas de gente ebria que arriesgase la vida con alegría furiosa. Muchos lanzaban à toda brida sus caballos como si quisieran matarse; volaban, desaparecian y no volvian hasta mucho tiempo después, con la cara descompuesta y pálida del que ha visto la muerte cara á cara. La mayor parte de los caballos sangraban por los ijares, y los ginetes tenian los pies, los estribos

y el extremo de las capas manchadas de sangre. Algunas figuras, entre aquella multitud, me quedaron impresas en la imaginación desde el primer momento. Las principales fueron: un joven con una cabeza ciclopea, espaldas descomunales, enorme vientre, que llevaba un caftan color de rosa y daba gritos que parecían rugidos de un león herido;un muchacho de unos quince años, hermoso, con los cabellos rapados, todo vestido de blanco, que pasó tres veces por delante de mí, gritando:-¡Dios mio! ¡Dios mio!-un viejo largo, huesudo, mal encarado, que volaba con los ojos cerrados y una sonrisa satánica en los labios como si llevara la peste á la grupa;-un negro, todo ojos y dientes, con una monstruosa cicatriz en la frente, que pasaba sacudiéndose furiosamente sobre la silla, como para librarse de la presión de una mano invisible. Al mismo tiempo que hacían esto, acompañaban todos á la caravana en su marcha; subían y bajaban alturas; se agrupaban y se dispersaban; hacian y deshacían rápidamente toda suerte de combinaciones de colores que deslumbraban los ojos como el ondear de una miriada de banderas. Toda esta gente, este movimiento vertiginoso, este estrépito, brotado inesperadamente al salir el sol de aquella angosta garganta donde el espectáculo se presentaba eu conjunto á la vista, como dentro de un anfiteatro, nos causó tal estupor, que en algún tiempo nadie desplegó los labios, y las primeras palabras fueron una exclamación unánime y calurosa.—¡Magnifico! ¡Magnifico! ¡Magnifico!

A poco de salir de la garganta, el Embajador hizo alto, y todos echamos pié á tierra para descansar á la sombra de un grupo de olivos.

La escolta de la provincia de Larache continuó sus cargas y sus fuegos delante de nosctros

El convoy de los bagajes siguió su camino en dirección al sitio del campamento.

Habíamos llegado á la Cuba de Sidi-Liamani.

En Marruecos se llama Cuba, que significa cúpula, á una pequeña capilla cuadrada, cubierta por una cúpula semiesférica, en la que está sepultado un santo. Estas Cubas, frecuentísimas principalmente en el Mediodía del Imperio, construídas en su mayor parte en sitios altos, cerca de una fuente y de una palmera, y visibles por su nivea blancura á gran distancia, sirven de guía á los viajeros; son visitadas por los fieles, y están las más de ellas custodiadas por un descendiente del santo, heredero de la santidad, que habita en una casita al lado de la tumba y vive de la limosna de los peregrinos. La Cuba de Sidi-Liamani estaba colocada sobre una pequeña altura, á pocos pasos de nosotros. Algunos árabes del campo estaban sentados delante de la puerta. Detrás de ellos asomaba la cabeza del viejo decrépito-el santo-que nos miraba con estúpida admiración.

En pocos minutos se encendieron los fuegos de las cocinas, y al poco rato comimos.

Una lata de sardinas, vacía, arrojada por el cocinero, fué recogida por los árabes, llevada á la puerta de la *Cuba*, y hecha objeto de largo examen y de animadas conversaciones.

Terminado el lab el barode, casi todos los jinetes de la escolta, pié á tierra, se desparramaron por el valle, unos para apacentar los caballos y otros para descansar. Algunos permanecieron á caballo y se pusieron de vigilancia en las alturas.

En aquel intervalo, paseando con el capitán, observé por primera vez, con ayuda de sus indicaciones, los caballos marroquies. Son todos de corta alzada; tanto, que al volver á Europa con la vista acostumbrada á sus formas, los caballos europeos; aun los de mediana alzada, me parecieron enormes. Tienen el ojo vivo, la frente un poco aplanada, las narices muy abiertas, los huesos cigomáticos muy salientes, la cabeza es en casi todos bellísima, la canilla y la tibia un poco curvas, lo cual les da una elasticidad especial en sus movimientes; la grupa huye, por decirlo así, de debajo de la silla, cuya condición los hace más à propósito para el galope que para el trote; y en verdad, no recuerdo haber visto trotar nunca á un caballo marroqui. Si se les ve cuando descansan ó cuando van al paso, aun los más hermosos, no llaman la atención; pero lanzados á la carrera se transfiguran y son soberbios animales. Aunque se alimentan bastante menos que los nuestros, y están enjaezados de un modo más

pesado, soportan mejor la fatiga. También el modo de cabalgar es muy diferente. Los estribos están muy altos; el jinete está en la silla con las piernas replegadas casi en ángulo recto; tiene las riendas largas y dirige el caballo con larguísimos movimientos. La silla tiene las dos prominencias, que nosotros llamamos en términos técnicos el pomo y la paleta, tan altos, que llegan al pecho y á la espalda del jinere y lo sostienen de modo que se hace muy dificil la caida. La mayor parte de los jinetes, calzados con botas de cuero amarillo sin tacones, no llevan espuelas y aguijonean el caballo con el estribo; los demás llevan en lugar de espuelas dos pequeños hierros aguzados, de la forma de un puñal, sujetos al pie con un semicírculo metálico y una cadenilla. Se cuentan cosas admirables del amor que el árabe profesa al caballo, el animal predilecto del Profeta; se dice que lo considera como un ser sagrado, que todas las mañanas, al salir el sol, le pone la mano derecha sobre la cabeza, murmurando: ¡bismillah! (en nombre de Dios) y después se besa la mano que cree santificada por aquel contacto; que le prodiga toda suerte de cuidados y de caricias. Ello podrá ser verdad; pero este gran amor, por lo que yo he visto, no le impide desgarrarle los ijares sin necesidad; dejarlo expuesto al sol cuando podía ponerlo á la sombra; llevarlo á beber á una hora de distancia con las piernas trabadas; exponerlo diez veces al día por

puro pasatiempo, á quebrarse los remos, y por último, descuidar los arreos hasta el punto de que el más diligente de ellos, metido en un regimiento europeo de caballería, pasaría seis meses del año en el calabozo.

Siendo muy fuerte el calor, estuvimos algunas horas á la sombra, pero nadie pudo dormir por causa de los insectos. Eran las primeras escaramuzas de una guerra tremenda que debía durar, siendo cada dia más encarnizada, hasta el fin del viaje. Apenas nos tendimos en el suelo, fuimos asaltados, picados y cosquilleados por cien partes, como si estuviéramos echados en un lecho de ortigas. No habia sino orugas, arañas, hormigas grandes, tábanos v saltamontes; pero grandes, petulantes y obstinados de una manera inaudita. El Comandante, que para alegrar à la gente había tomado el partido de exagerar fabulosamente los peligros, y lo hacía con admirable gracia, nos aseguraba que aquellos eran animales microscópicos al lado de los insectazos que habíamos de encontrar según nos fuésemos acercando á Fez y entrase más el verano, y que no volveria de nosotros á Italia más que algún resto que apenas podrían reconocer con trabajo los parientes más cercanos y los amigos más intimos. El cocinero, al oir aquellas palabras, hizo una sonrisa forzada y se puso pensativo. Cerca de nosotros habia una descomunal tela de araña, tendida sobre algunas yerbas, como una sábana puesta á secar. Aún

me parece estar oyendo exclamar al Comandante: —¡En este país todo es jigantesco, formidable, milagroso!—Y observaba con razón que la araña que habia tejido aquella tela debía ser por lo menos tan grande como un caballo. Pero no llegamos á descubrirla. Los únicos que dormían eran los árabes, echados casi todos al sol, con una procesión de bichos encima. Los dos pintores dibujaban, atormentados por una nube de feroces moscas, que arrancaban dos á dos y tres á tres cada vez á Ussi toda la riquísima letanía de juramentos florentinos, nuevos, atrevidos y suficientes para formar una lengua.

Cuando templó un poco el calor, la escolta de Had-el Garbia, el Cónsul de América y el Vicegobernador de Tánger, que había venido allí para saludar los últimos al Embajador, se despidieron, y nosotros volvimos á ponernos en camino, seguidos por trescientos jinetes de la provincia de Larache.

Vastas llanuras onduladas, cubiertas aquí de trigo, más allá de cebada; más allá, de rastrojo amarillo; más lejos, de yerbas y flores; alguna tienda negruzca y alguna tumba de santo; de cuando en cuando, una palmera; de milla en milla, dos ó tres jinetes que se unian á la escolta; una soledad inmensa, un purísimo sereno cielo, un sol deslumbrador; tales son los apuntes que encuentro en mi cuaderno respecto á la segunda marcha del 5 de Mayo.

Después de andar tres horas, llegamos á Tleta de Reissana, donde estaba el campamento.

Las tiendas, como de costumbre, estaban dispuestas en círculo, en una concavidad angosta y profunda, cubierta de yerbas y flores altísimas que casi nos impedían andar. Parecía que estábamos en un jardin. Las camas y los baules que estában en las tiendas estaban casi ocultos por las margaritas, las amapolas, las primaveras, los ranúnculos y las umbeliferas de todos los tamaños y colores. Al lado de la tienda de los pintores se elevaban dos enormes áloes con todas las ramas cargadas de flor.

Poco después de nuestra llegada, llegó también de Larache, para visitar al Embajador, el agente consular de I alia Sr. Guagnino, viejo negociante genovés, que vivía hacía cuarenta años en la costa del Atlántico, conservando celosamente puro el acento de la lengua de Balilla; y al caer la tarde, vino, no se de dónde, un campesino árabe á consultar al médico de la Embajada.

Era un pobre viejo encorvado y cojo; un soldado de la Legación lo condujo ante la tienda del Sr. Miguerez.

El Sr. Miguerez, que habla el árabe, le interrogó; y conocida su enfermedad, se puso á revolver la farmacia portátil para buscar no se qué medicamento. No encontrándolo, mandó á llamar á Mohamed Ducali, le hizo escribir en árabe sobre un pedazo de papel una receta, con la cual, volviéndose entre los suyos, pudiera el enfermo tomar lo que necesitaba. Era un medicamento de que hacen mucho uso los árabes.

Mientras escribía Ducali, el viejo murmuraba una oración.

Cuando estuvo escrita la receta, el médico se la dió al enfermo.

Este, sin darle tiempo para decir una palabra, agarró el papel y se lo metió en la boca con las dos manos. El médico gritó:—¡No! ¡No! ¡Escupe! ¡Escupe!—Fué inútil. E! pobre viejo masticó el papel con la avidez de un hambriento, se le tragó, dió las gracias al doctor y se preparó á marcharse. Fué necesario un trabajo improbo para persuadirlo de que la virtud de la medicina no consistía en el papel, y hacerle tomar otra receta.

Este hecho no puede admirar á los que sepan lo que es la medicina en Marruecos. La medicina, es ejercida casi únicamente por los charlatanes, los hechiceros y los santos. Cualquier jugo de yerba, la sangría, la zarzaparrilla para las enfermedades venéreas, la carne seca de serpiente ó de camaleón para las fiebres intermitentes, el hierro candente para las heridas, ciertos versículos, del Korán escritos en el fondo de las vasijas de los medicamentos ó en un pedazo de papel que el enfermo lleva colgado al cuello, son los remedios principales. Estando prohibido por la religión el estudio de la anatomía, es fácil figurarse á lo que la cirujia

queda reducida. Baste decir, que los cirujanos arrancan con los dedos lo que hay que estirpar, é intentan la extracción de los cálculos con el primer gancho de hierro que encuentran á mano. La amputación es aborrecida. Los pocos árabes asistidos por médicos europeos, mueren entre los dolores más atroces, antes que consentir el corte que les hubiera salvado la vida. Sucede, que, si bien son frecuentísimos los casos de pérdida de un miembro, especialmente por reventar las armas de fuego, se ven en Marruecos muy pocos mutilados, y los más de éstos son desgraciados á quienes el verdugo cortó las manos de una cuchillada, y el alquitrán hirviendo en que, según costumbre, sumergieron los muñones, contuvo la hemorragia. Sin embargo, sus violentos remedios y con especialidad el hierro candente logran algunas veces efectos admirables, y estos remedios se aplican con brutalidad y temerariamente. Se ponen las ventosas con vasijas de tierra y tanto fuego, que abrasan las espaldas; se clava el puñal en los abcesos, á ciegas, con peligro de cortar las arterias; recorren el brazo enfermo con ascuas encendidas, con mano segura, desvaneciendo con el soplo el humo de la carne, sin exhalar un lamento. Las enfermedades más frecuentes son las fiebres, las oftalmías, la tiña, la elefantiasis y la hidropesía; pero la más común es la sífilis, transmitida de generación en generación, alterada, reproducida en formas extrañas y horrendas, de la

que están infestadas tribus enteras y mueren millares de infelices, y aún moririan muchos más, si no fuese la extremada sobriedad en la alimentación á que se ven obligados por la miseria y por el clima. No hay médicos europeos más que en las ciudades de la costa; en Fez mismo, no hay más que algún charlatán renegado, escapado de Argel ó de los presidios españoles. Cuando el Emperador, un Ministro ó un moro rico se ponen enfermos, mandan à llamar un médico europeo à alguna ciudad del litoral; pero esto, sólo cuando están reducidos al último extremo; descuidan las enfermedades años y años, y las más de las veces no llega el médico más que á presenciar la muerte. Tienen gran fe en los médicos europeos; la vista de los medicamentos, de las preparaciones químicas y de los instrumentos quirúrgicos, les hace formar un inmenso concepto del poder de la ciencia; se prometen prodigios, toman las primeras medicinas y siguen las primeras prescripciones con la docilidad y la alegría de gente segura de una curación inmediata. Pero si no es inmediata la curación, pierden toda la fe, interrumpen la cura y recurren à los charlatanes. Una cosa, sobre todo, piden viejos y jóvenes, ricos y pobres á los médicos europeos, y es lo que el Emperador Heliogábalo pedía á sus cocineros. ¿Y cuándo lo piden? ¡Cuándo ya no pueden traspasar diariamente los umbrales del paraíso de Mahoma mayor cantidad de veces que el número de preceptos fundamentales del Islam! ¡Hasta tal extremo han decaído! Por donde cada cual puede comprender cuán generalmente precoz es su verdadera decadencia, y á qué abominables extravíos son arrastrados los más por el furor de las pasiones.

La noche pasó sin acontecimientos notables, á no ser el descubrimiento que hice de un gran escorpión negro en la almohada de mi cama, en el momento en que iba á acostarme. Fué, sin embargo, un terror pasajero, porque acercándome poco á poco con la luz, leí sobre el dorso del animal la inscripción tranquilizadora:—César Biseo lo hizo el dia 5 de mayo de 1875.

Al rayar el alba de la mañana siguiente partimos con dirección à la ciudad de Alkazar,

El tiempo estaba oscuro. Los pomposos colores de los trecientos soldados de la escolta adquirían un almirable vigor sobre el fondo gris del cielo y el verde oscuro de la campiña. El mismo Hamed-Ben-Kasen-Buhamei, parado sobre una elevación del terreno cercano al campamento, parecía mirar con complacencia á aquellos arrogantes ginetes que desfilaban ante él por gruesos destacamentos, silenciosos, graves, con los ojos fijos en el horizonte, como avanzadas de un ejército al amanecer de un día de batalla. Por un buen espacio, caminamos en medios de olivos altísimos; después entramos en una vasta llanura, toda cubierta de flores amarillas y violentas, donde la escolta se descompuso para

hacer el lab el barode. El espectáculo en aquel lugar, abierto sobre aquella alfombra de flores y bajo aquel sombrio cielo era tan extraordinariamente bello, que el Embajador se detuvo varias veces é hizo detener á todo su séquito para contemplarlo. No puedo creer que aquella gente tenga un arte secreto para agruparse y descomponerse, pero aquella mañana tuve algunas sospechas. Hubiérase dicho que algún coreógrafo había concertado todos sus movimientos y las combinaciones de los colores. En medio de un grupo de jinetes, de jáiques azules, iba siempre à colocarse como si se lo hubieran mandado, un jinete con el jáique blanco. En medio de un grupo de caftanes blancos, caía siempre á propósito, como la pincelada de un artista, un caftán color de rosa. Los colores armónicos se buscaban, se unian, se acariciaban juntos, mientras duraba una carga y se separaban para formar otras armonías. Eran trescientos y parecian un ejército; se veían por todas partes, revoloteaban en torno nuestro como una bandada de pájaros, nos ensordecían, no deslumbraban, nos enamoraban, hacían desesperar á los pintores.-¡Canalla!-decia Ussi,-¡si os tuviera entre las uñas en Florencia!

ALKAZAR-EL-KIBIR

En cierto sitio, el Embajador hizo una señal al Caid, la escolta hizo alto, y nosotros, acompañados de algunos soldados, fuimos poco lejos de alli á visitar las ruinas de un puente. Al llegar à la orilla nos detuvimos; ya no quedaba del puente más que algunos trozos, en la margen opuesta. Estuvimos algunos minutos mirando alternativamente aquellos restos y el campo, absorto cada cual en sus pensamientos. El sitio era en verdad digno de aquel mudo testimonio de respeto. Doscientos noventa y siete años antes, el día 4 de Agosto, sobre aquellos floridos campos, tronaban cincuenta cañones y se arremolinaban cuarenta mil caballos, á las órdenes de uno de los más grandes capitanes del Africa, y de uno de los más jóvenes, más aventureros, y más desventurados monarcas de Europa. Por las orillas de aquel río huían á la desbandada, rodaban entre sangre, pedian misericordia, se precipitaban en las aguas para escapar de las cimitarras implacables de los árabes, de los berberiscos y de los turcos, la